

# Martina

mezclada, no enredada



Olga Salar

Martina Vega está de vuelta. Su vida ha cambiado y ya no está agitada, ni revuelta, sino mezclada, no enredada. El amor es lo que tiene, nos transforma sin que nos demos cuenta. ¿Pero qué queréis que os diga que no sepáis todos ya? Las mezclas, a veces, ofrecen los mejores sabores. ¿Quieres averiguar qué tipo de cóctel será este? ¿Dulce? ¿Amargo o quizás picante?

En Martina mezclada, no revuelta tienes la respuesta.

*Y recuerda, nunca te quites esos zapatos rojos de tus  
pies o vas a estar a la merced de la bruja malvada  
del Oeste.*

*El Mago de Oz.*

## Nota de la autora

Cuando comencé a escribir a Martina no se me ocurrió pensar que terminaría siendo un libro y mucho menos que acabarían siendo dos.

Y es que mi chica se ha hecho mayor casi sin que me dé cuenta. Martina ya no es esa treintañera desubicada y loca que a veces pecaba de absurda. O puede que lo sea, aunque ya no tanto. Por fin ha encontrado el amor y a un hombre que la comprende y que la anima a ser ella misma, por lo que de alguna manera ha madurado.

Ya no le preocupan los temas que en el primer libro la llevaban de calle, aunque os aseguro que como pasó con Martina agitada, no revuelta, os vais a ver identificados con sus nuevos problemas.

Y es que ahora Martina está mezclada, no enredada; el amor le sonrío y su vida laboral está encauzada... ¿Entonces? Seguid leyendo y lo descubrirís.

## He vuelto para quedarme

Hola a todos mis lectores, ¿me habéis echado de menos? Espero que sí porque si no esto no va a tener mucho sentido. Si os sirve de algo, yo sí que os he echado de menos a vosotros. Esta complicidad que compartimos le pone encanto a mi vida, os lo confieso. ¿Qué sería de mí sin estos momentos a solas, frente a mi teclado, compartiendo con vosotros mis locuras?

Aprovecho este momento para agradecer los mensajes que me habéis dejado para animarme, para compartir conmigo vuestras alegrías o pedirme que volviera a este mundo virtual. Lo habéis conseguido, aquí estoy de nuevo.

El caso es que tenéis razón y ahora que tengo mi vida sentimental solucionada, o en su defecto, por el buen camino: he decidido intentar solucionar también la vida laboral, que de un tiempo a esta parte no ha dejado de variar.

Porque, aunque me he acostumbrado a eso de dar consejos, trabajo que, por cierto, se me da muy bien, la espinita de trabajar en Divinity (sigo dispuesta a aceptar el empleo que me ofrezcan sea el que sea) todavía me pincha de vez en cuando y como *la esperanza es lo último que se pierde* y *el que la sigue la consigue*, aquí estoy yo, parafraseando el saber popular y retomando la lucha por mis sueños más chic.

Retomando a Martina, aunque ya no está agitada, ni vuelta, sino mezclada, no enredada. El amor es lo que tiene, nos cambia sin que nos demos cuenta. ¿Y qué queréis que os diga que no sepáis todos ya? Las mezclas, a veces, ofrecen los mejores sabores y enredada se vive muy bien.

Lo dicho, lectores y amigos, *i'm back*. Y solo añadiré: Divinity prepárate porque hay mucha Martina para ti y viene con ganas de llevarte al huerto.

## Soy la leche en polvo

No sé qué les pasa a los hombres. Las teorías más extendidas dicen que vienen de Marte y nosotras de Venus y, visto lo visto, voy a empezar a creer que es cierto.

De acuerdo, soy una mujer interesante, no voy a pecar de falsa modestia. Ya sabéis que no va conmigo, pero el acoso, al que me veo sometida por los hombres que me rodean, no tiene sentido.

Después de todo soy la misma mujer a la que le costó media vida encontrar al hombre de sus sueños o, en su defecto del Metro, y no porque no fuera por la vida con los ojos abiertos como platos, sino porque, inexplicablemente, los hombres no me veían a mí. Y ahora mi invisibilidad se ha revertido por completo.

Según mi amiga Julia, desde que estoy con Alfonso me veo más guapa. Yo tengo otra teoría, estoy convencida de que ahora me ven como la fruta prohibida que no pueden conseguir. Los hombres me miran y piensan, *qué mujer más preciosa, seguro que tiene novio y no va a hacerme caso por mucho que la piropee*. Y tienen razón, bueno, casi. Porque qué mujer en el mundo se queda indiferente ante un buen piropo y no hablo del tipo obrero:

*¡Oye nena! ¿Crees en el amor a primera vista, o voy a tener que pasar dos veces?*

*¡Guapa, tengo el pene para partir almendras!*

Ordinarieces no, por favor. Yo hablo de frases que expresan sentimientos:

*¿Le importa si la miro durante un ratito? Quiero recordar su cara para mis sueños.*

Esas que te dejan con la sonrisa en los labios durante todo el día, aunque sea lunes. Y de las que, de un tiempo a esta parte, me obsequian casi cada día. Si no fuera porque estoy enamorada...

Comencé a experimentar este fenómeno fue la primera vez que pisé mi nuevo trabajo. Ciertamente que, al ser mi primer día, había tenido mucho cuidado con mi ropa: falda tubo y blusa *lady*, pero ni siquiera eso justifica la actitud masculina. Si sois entendidos en moda sabréis que la falda lápiz llega justo por debajo de la rodilla y que la blusa te tapa hasta el cuello y lleva un precioso lazo que tiene poco de sexy. Vamos, que iba recatada a más no poder.

Y aun así, en cuanto mi jefe me presentó a mis nuevos compañeros y me asignaron una mesa, una masa impaciente de hombres se lanzó sobre mí cubriéndome por completo y, os aseguro que, aunque suene exagerado, es la pura verdad, mi amiga Julia tuvo que hacerse hueco para venir a saludarme y darme la bienvenida como corresponde. Lamentablemente, mi atractivo molestó un poco a mis compañeras, que me vieron como una fuerte rival en el interés masculino de la redacción, y me costó un poco más ganármelas.

Siendo sincera, me costó seis horas. Todas comenzaron a adorarme en cuanto supieron que Alfonso Torres era mi novio. Pero es comprensible, Alfonso es mucho Alfonso y Martina mucha Martina. ¡Si es que somos la pareja ideal! Guapos, enamoradísimos y, si mis planes no se tuercen, famosísimos.

Pero vuelvo al tema, que es hablar de mi chico y me desvío. Mi chico, qué bien suena eso, ¿verdad? ¡Qué bonito es el amor!

¡Venga! Ya no digo más. Me centro a la de tres: una, dos y tres.

El caso que aquí nos ocupa es que desde que tengo pareja soy irresistible para los hombres. Lo que:



- 1) Me asombra.
- 2) Me encanta.
- 3) Me molesta, porque:

X) estoy enamorada, pero no ciega.  
Y) la tentación es mucha.

¡Madre mía! Acabo de descubrir que el amor es como una ecuación.

Si al final la clave va a estar en despejar la incógnita, sea quien sea la tipa esa.

Aunque ahora lo que importa es mi problema: ¿Qué hago para que los hombres dejen de desearme? Jamás pensé que me preocuparía por algo así. ¡Qué dura es la vida de una *sex symbol*! Tampoco es que quiera que pasen de mí por completo, sino que me hagan el caso justo para que Alfonso comprenda que soy una perita en dulce para cualquier hombre y que tiene que esforzarse por mantenerme contenta porque hay muchos hombres deseando sustituirle... ¿Sabéis qué? Tras mucho reflexionar (aproximadamente setecientas palabras), he decidido que voy a quedarme como estoy. Después de todo no es tan malo que los chicos te inviten a café, que todas las mañanas te digan lo guapa que estás o que te miren con interés mientras te cleas tus fabulosos consejos. Sí, decidido. Me quedo como estoy y que me quiten lo bailado.

## ¿En tu casa o en la mía?

Desde que Alfonso y yo hemos comenzado a vernos se puede decir que vivo entre dos mundos. Lo que está bien porque me da la excusa perfecta para comprarlo todo de dos en dos. ¿Qué me gusta un bolso o un par de zapatos? Que me envuelvan uno de cada color que me los llevo. A estas alturas tengo dos cepillos de dientes, dos juegos de cremas hidratantes, desmaquilladoras, tónicos faciales, contornos de ojos, perfumes... Podría seguir porque la lista es larga, pero ya si acaso os hacéis una idea.

La única pega es la económica, porque mira que son caras las malditas. Pero si las cremas no son más que unas plantitas trituradas y poco más, ¿cómo es posible que cuesten un ojo de la cara y parte del otro?

Además, el hecho de que sean imprescindibles debería contar para algo. Para ir bien necesitamos una subvención del gobierno o ser como los pensionistas y que les rebajen el precio a las mujeres entre los veinte y los sesenta. Ni antes ni después de esa edad sirven para nada.

Estoy por organizar una de esas recogidas de firmas *online* tan de moda, a ver si los políticos escuchan mi propuesta y consigo alegrarles la vida a todas las mujeres de España.

Sí, podéis reiros, después de escribirlo me he dado cuenta de lo absurdo que suena, y no me refiero a lo de que subvencionen las cremas y los productos de belleza, sino a lo de que los políticos sean capaces de escuchar a los ciudadanos. Si es que cuando quiero soy más cómica que Dani Rovira, lo que es un descanso porque si me echan

de la revista siempre puedo recurrir a los monólogos y hasta es posible que los de Divinity creen un programa para mí y para mi ingenio.

Pero a lo que voy, que desvarío y me descentro.

Que vivo, como decían los de Héroe del silencio, entre dos tierras. De lunes a jueves duermo en mi casa y de viernes a domingo en casa de Alfonso. Si tuviera tiempo de ser ordenada le obligaría a venir a la mía, pero entre que casi no tengo tiempo más que para hacer la cama y que él necesita trabajar en su espacio... El caso es que vivo sin vivir en mí, como Santa Teresa, y voy a dejarme de citas, que ya tengo bastante con las de Alfonso. Que me lleva loca de aquí para allá.

Porque él no es como los demás hombres, no. Imposible.

Mi Alfonso quiere tomarse un café y si me descuido me lleva a recolectarlo a Colombia. Menos mal que el té no es lo mío, sino ya me veo en china y con lo barato que está todo allí me pulo el sueldo del mes de una sentada.

Es que Alfonso es el hombre más detallista que he conocido nunca, solo hay que ver su piso. El nuestro cada fin de semana.

De momento me conformo con el hueco que me hecho en el armario y con que me dé la excusa perfecta para comprar sin descanso. Si es que ya os había dicho que era perfecto.

## Los hombres románticos lo hacen mejor

Los hombres románticos lo hacen todo mejor que los que no lo son y si por algún casual lo hacen mal, se les perdona. No hay que tener en cuenta sus fallos porque con las flores que te echan cada día o las que te regalan de vez en cuando, suplen los pequeños errores que todos cometemos alguna vez.

Incluso se les perdona encontrar en el armario de su despacho, ese lugar en el que cada cosa está en el sitio preciso en el que debe estar, ese santuario al que hay que entrar descalzo para que no se ensucie la alfombra, una caja con el nombre de su ex en la que guarde las cosas que la tal Elena se dejó olvidadas cuando lo dejó. Porque casi seguro que las guarda para poder devolvérselas algún día.

Además, tienen un sexto sentido para encontrar en momento perfecto para tener algún detalle especial. Es como si sospecharan que has encontrado la dichosa caja y supieran que es el momento perfecto para besarte hasta dejarte sin sentido o para decirte que te han vaciado dos cajones del armario para que puedas dejar tus cosas ahí sin que tengas que cargar con ellas todos los fines de semana que pasas con él.

Algunos son tan, pero tan románticos, que hasta les parece bien que pongas películas lacrimógenas cuando os sentáis juntos en el sofá. Y lo mejor es que no lo hacen porque la protagonista femenina esté de buen ver o porque así encuentren la excusa perfecta para echarse una siesteci-

ta. No, no, no. Lo hacen para complacerte, para hacerte feliz.

Lo malo de todo esto es que, a veces, los hombres románticos, que te sorprenden con cenas deliciosas, pétalos de flores en la cama o baños preparados con sales a la luz de las velas... no pueden seguir el ritmo durante mucho tiempo y ya sabéis, a lo bueno nos acostumbramos rápido.

A veces tienen un mal día y se olvidan de que han quedado contigo para ir al cine, por lo que te quedas esperándolos en la puerta disimulando, como si no supieras qué película ver.

Otras veces se les olvida contestar a tus mensajes, a pesar de que las rayitas azules te han chivado que lo han leído. Aunque eso sí, cuando se proponen lucirse para que les perdones no tienes ninguna posibilidad de salir indemne a sus detallitos. Porque si cocinan es para chuparse los dedos, si te compran un regalito es justo lo que querías y si se ponen cariñosos... Bueno ahí sí que aprendes lo que es la perfección y un poquito más.

## La edad no importa

¡Ay madre, ay madre! ¡Qué disgusto tengo encima! Esto sí que no me lo esperaba. Me siento engañada, traicionada, defraudada, vilipendiada...

Alfonso, mi novio, mi mejor amigo, el futuro padre de mis hijos... ¿Cómo ha sido capaz de hacerme algo así? Aunque, si lo pienso bien, la culpable real de todo esto es su madre. A quien no conozco, pero que ya me cae mal por lo que me ha hecho.

Y es que de todas las cosas horribles que me podía haber hecho Alfonso esta es la peor. La más vil de todas.

¡Me ha convertido en una asaltacunas!

Se ha aprovechado de mi candidez. De mi tendencia a ser confiada. ¡Si es que no se puede ser buena persona!

Yo estaba convencida de que era por lo menos un año mayor que yo y va y, de pura casualidad, me entero de que no es así. Que sí, que nació en noviembre y yo en enero, pero no un año antes como yo creía. ¡Somos de la misma quinta! Lo que supone que soy diez meses más vieja que él. ¡Diez meses! Casi un año completo.

Pero lo peor ya no es que sea mayor, que es malo; lo peor es que cuando me enteré y él vio el disgusto que yo tenía, solo se rio. No se dio cuenta de la gravedad del asunto.

—No me lo puedo creer. Soy una asaltacunas. —Dije con un disgusto importante.

Él me miró con su expresión más inocente.

—Son solo unos meses, Martina. No es tan importante.

—¿Qué no es importante? ¿Estás loco?

—Estoy loco por ti. —Me dijo intentando camelarme.

—Soy la más vieja de esta relación. —Insistí yo—. Me moriré antes que tú.

Alfonso fingió una tos para disimular que se estaba riendo de mí.

—Eso no lo sabes. A lo mejor me muero antes que tú.

—Tampoco importa mucho, sigo siendo la más madura.

Alfonso se encogió de hombros, pero sus ojos seguían teniendo un brillo divertido.

¿Acaso no estaba de acuerdo en que yo era la madura de la relación?

—¿No vas a decir nada? ¿No te importa que sea mayor que tú?

—Claro que no. Me gustan las maduritas sexis y tú eres muy sexy. —Dijo, besándome la garganta.

Durante unos minutos decidí olvidarlo. Después del disgusto que acababa de sufrir necesitaba dejar de pensar en ello por un ratito. Alfonso se esmeró y tarde bastante en volver a recordar por qué tenía que estar preocupada.

No obstante, volví a retomar mis pensamientos cuando él se metió en su despacho a aporrear el teclado de su ordenador.

Alfonso había dicho que le gustaban maduritas y yo podía dar fe de que así era. Se había esmerado mucho, pero mucho en complacerme. No es que antes no se lo tomara en serio, es que no había tenido tanto éxito como en esta ocasión.

A lo mejor era cierto eso de que la experiencia es un grado y con mi inestimable colaboración y el momento de inspiración que había sufrido al comprender que como mujer mayor se me permitían ciertas locuras, habían convertido la experiencia en religiosa y, desde luego, celestial.

Me arrebujé en la cama con una sonrisa de oreja a oreja. No si al final mi novio iba a tener que darme las gracias por haberme fijado en él. Porque las mujeres maduras, sexis y